
Principio de incertidumbre



Seix Barral Biblioteca Breve

Carolina Brown

Principio de incertidumbre

© 2024, Carolina Brown
Publicada mediante acuerdo con VicLit Agency
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6291-53-4
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2024-A-5199
Primera edición: julio de 2024

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en CyC Impresores Ltda.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Oh, little girl, there are times when I feel
I'd rather not be the one behind the wheel
Come, pull my strings
Watch me move, I do anything, please.
Depeche Mode, «Behind the Wheel»*

*En esta sociedad de obligación, cada cual
lleva consigo su campo de trabajos forzados.
Byung-Chul Han, La sociedad del cansancio*

CHUPARLE LA SANGRE
A EULOGIA DOMÍNGUEZ

Es tarde, muy tarde. Algo te pasa que no estás durmiendo como tus hermanos. Vienes por el pasillo desde el baño sujetando un vaso de agua y te asomas un momento por las puertas entreabiertas. Del fondo te llegan los ronquidos de tus padres, esta noche se han olvidado de ti. Nadie vino a pedirte que apagaras la luz, que mañana tienes prueba de matemáticas.

Son casi las dos de la mañana cuando revisando el celular ves que la foto aparece en el *feed*. Acaba de subirla. Ella o alguno de sus múltiples asistentes. Su rostro afilado en forma de corazón, los ojos pintados de verde ácido, lánguidos y malignos. Te quedas mirando la humedad de los labios pulposos que reflejan el *flash*. No sabes lo que sientes, la ansiedad habita el cuerpo, un odio chiquito, un cosquilleo entre las piernas. Pones la mano sobre tu calzón y la dejas ahí. Encaja perfecto.

Enciendes la pantalla, das *like*. La foto lleva publicada apenas un minuto y contigo ya van trescientos corazones. Lleva un *crop top* sin sostén y un

pantalón ceñido que destaca sus curvas. Las tuyas no son así, para nada. Los pezones, tan despiertos a través de la tela. Quieres sostener esa redondez con tus manos, apretar con fuerza las dos balas crudas. Una vez escuchaste en la radio que las tetas falsas son frías.

Escroleas. Piernas bronceadas sumergidas en el calipso de una piscina; el interior de un sauna donde posa hincada con el torso desnudo, aunque la posición no deja ver nada. Vasos de colores en la terraza de un restaurante. Casi puedes escuchar los hielos tintinear coquetos antes de tocar sus labios. @EulogiaDominguezOficial, nunca te habías pasado tanto tiempo mirando una cuenta de mierda.

Bajas la escalera corriendo y alcanzas a entrar al vagón del metro antes de que se cierren las puertas. Vas con los audífonos puestos, transita poca gente a esta hora. Te miras en el reflejo mientras el tren avanza. Con esas medias las piernas se te ven más largas, eso te gusta. Una vieja te mira con la boca torcida pintada de fucsia. Usa el sostén una talla más chica de lo que le corresponde. La ignoras. El aire de una ventana abierta te revuelve el pelo. Sonríes. Alcanzas a ver los cerros secos de la cordillera antes de que el tren se sumerja en la oscuridad.

El gordo de Uber ni te mira cuando subes. El auto apesta, hay migas en el asiento que se entierran en tus muslos. Confirmas el precio del viaje en la

aplicación dos o tres veces. Con lo que trabajas en la confitería apenas te alcanza para darte gustitos como estos. Seguro que te echan a fin de mes por floja y problemática. Al supervisor no le gusta la cara con que miras las cabritas pegoteadas al fondo de la máquina. La última vez que discutieron te dijo que eras una taimada. Pero mira, Armando, esta cagá asquerosa, ¿tú te las podrías comer?

El auto cruza el río y se mete en un barrio de casitas pareadas con árboles raquíticos. Hoy no ha pasado el camión de la basura y los perros han hecho lo suyo esparciendo la mugre por la calle. Arrugas la nariz hasta ver borroso. Qué decepción, este barrio se parece demasiado al tuyo. Esperabas algo lujoso, *over the top*, como en las fotos. Acá las casas no tienen ni piscina. Resoplas y el gordo te mira por el espejo con los ojos inyectados. *Disgusting*.

La reja de fierro apenas te llega a la barbilla. Nadie ha recogido las cuentas del buzón. Sacas una, es del banco. Ya sabías que su segundo nombre era Cristina. La metes dentro de tu bolso, te arreglas el pelo detrás de la oreja y escuchas tu corazón acelerado latir dentro del pecho. Este es tu momento; ya casi es de noche.

Esperas en la calle a que no pase nadie. No te cuestas encaramarte sobre los barrotes. Caes al otro lado, agachada por si suena una alarma, por si se prende un sensor y un foco te ilumina la cara. Después

sonríes. Qué seguridad va a tener una casita como esta, la más chica de la cuadra. De todas formas tú lo único que quieres es mirar, nada más... probarte unos vestidos, llevarte un par de zapatos. Qué le importa a @EulogiaDominguezOficial, si debe de tener cientos. A esta gente le regalan los *looks*. A esta gente le regalan todo en la vida, *damm it*.

Ni se va a dar cuenta porque ya debe estar en el estreno de la última película de Larraín, muy erguida sobre la alfombra roja; *posing* para las fotos que subirá más tarde, mostrando las piernas morenas de sol. Su papel es mínimo, no debe estar ni dos minutos en pantalla, pero qué importa, dile eso a los diseñadores que la visten.

Deslizas la puerta corredera y metes la mano entre los vestidos. El clóset es minúsculo y están todos apretados. No importa. Sientes el raso y las lentejuelas, el cuero, el tul. Los colgadores tintinean ansiosos en la barra. Tomas uno al azar: rojo italiano, es tu color. Te desnudas ahí, frente al espejo. Y qué tiene. Esta gente te lo debe, no serían nada sin personas como tú: anónimos que entregan corazones en la oscuridad. Tomas unas bragas de encaje del cajón, las más pequeñas, las de la marca más cara, intuyes. Las acercas a tu cara, es una pena que solo huelan a detergente. Te las pones despacio, sin sacarte los ojos de encima, sintiendo la lengua contra los dientes. Te miras humedecer.

El vestido te queda grande de arriba. Tú no tienes las tetas que tiene @EulogiaDominguezOficial. Aun

así, el roce de la seda en tu piel se siente bien. Las barras que se te entierran en las costillas para darle forma al vestido y el aroma escuálido del perfume floral impregnado en el forro te producen un hondo placer. Vas donde están los zapatos. Eliges unos de taco alto en color carne, con plataforma. Puntudos como cuchillas. Te ves muy bien. Demasiado bien. Vas a pintarte los labios ahora; como lo haría ella, como te enseñó a hacerlo en los tutoriales de su canal de YouTube que has mirado cientos de veces. Revuelves los cosméticos. Te guardas dos esmaltes de uñas y un *blush* en la cartera. Encuentras un labial que te gusta. El color se llama *lady danger*.

Unos pasos se acercan y te quedas quieta dentro del estrecho *walk in closet* con los colgadores arañándote la espalda. Juntas un poco la puerta, ya no alcanzas a apagar la luz: tarde o temprano alguien vendrá. Del otro lado suspiran. Los muros de esta casa son de papel, qué chucha, se siente todo. Tu propia respiración acelerada suena como un cañón. Imposible que pases desapercibida, que no te escuchen. Te sobresalta el clic de un interruptor al encenderse y esperas unos segundos. Una figura pasa de largo. Asomas la cabeza por la puerta entreabierta; esa melena lustrosa capaz de brillar en la oscuridad, la reconocerías en cualquier parte. @EulogiaDominguezOficial está sentada en la esquina de la cama, dándote la espalda, envuelta en una bata de seda. Te toma algunos segundos distinguir el leve balanceo de su torso hacia los lados.

Sus dedos manicurados sostienen una copa de vino color sangre. Te vas acercando a la puerta despacio cuando se da vuelta y te cala con sus ojos pintados. Dentro del vestido de lentejuelas rojas que te queda muy grande de escote, te congelas.

—¿Otra vez? —balbucea.

—¿Otra vez qué?

—Los pendejos que se meten a mi casa.

Se lleva dos dedos al nacimiento del tabique y cierra los ojos. Esperas. Deberías irte antes de que se le ocurra llamar a alguien, pero no quieres. Tampoco pensaste que viviera sola, en esta casita triste, es ridículo. Le miras los pendientes dorados con forma de corazón. Se ven caros, el oro es casi rosa. Es obvio que no pagó por ellos, combinan tan bien con su piel. Fantaseas con arrancárselos de un tirón.

—Me duele todo.

—¿Quieres un paracetamol? —ofreces tímida—. Tengo en la cartera.

Gracias, dice alargando la mano. En la otra aún sostiene la copa que se ladea peligrosamente sobre la colcha blanca. Va a mancharlo todo, piensas. @EulogiaDominguezOficial se mira en el líquido desde arriba, desconfiada. Sacas la pastilla de la cartera y te acercas con ella en la pinza de los dedos, las piernas temblando sobre los zapatos de plataforma que has tomado del clóset. @EulogiaDominguezOficial parece no darse cuenta. Ni siquiera mira. Ni a la pastilla ni a ti. Se traga lo que le entregas con un sorbo profundo de vino.

Eres mi ídola, dices como la patética que eres. Te arrepientes apenas escuchas el sonido apelmazado de tu voz. Estúpida. Ella sonríe un poco, no te ilusiones. Se echa la melena hacia atrás con la mano libre. Disfruta que la admires un momento. Te quema el deseo de tocarle la cara, de pegar la yema de tus dedos a la forma prominente de sus pómulos.

—¿Quién eres?

Ya estás muy cerca. Puedes olerla. El champú, el perfume, el sudor. Quieres hundir la nariz en la tela suave de la bata y respirar hasta saciarte. Acomodar la cabeza sobre sus piernas, con una oreja arriba del pubis, escuchar desde ahí el latido oscuro de su corazón.

—Me voy a sentir mal.

La ayudas a pararse. Hay grumos de rímel en sus pestañas, el delineador se ha chorreado un poco por los pliegues de los párpados hinchados. Es mucho más baja de lo que imaginabas. La tomas de la cintura y caminan juntas hasta el estrecho baño. Le sostienes el pelo, una cola tan gruesa como la pierna de un niño: suave, brillante, oscura como la noche polar. Te miras en el espejo manchado de gotas resacas mientras esperas que Eulogia Cristina Domínguez deje de vomitar. Esto es íntimo, piensas. *So special*. Te habrías puesto un poco de *make-up* si hubieras sabido: algo de color que esconda la rosácea de tus mejillas, un poco de *gloss* en los labios.

—¿Por qué no fuiste al estreno? —preguntas.

—¿Ah?